

LA ENTRADA DE INVIERNO

ACABABAN de salir los estereros y alfombristas de la casa, y ésta presentaba el aspecto de un ser modesto á quien ponen ropa nueva.

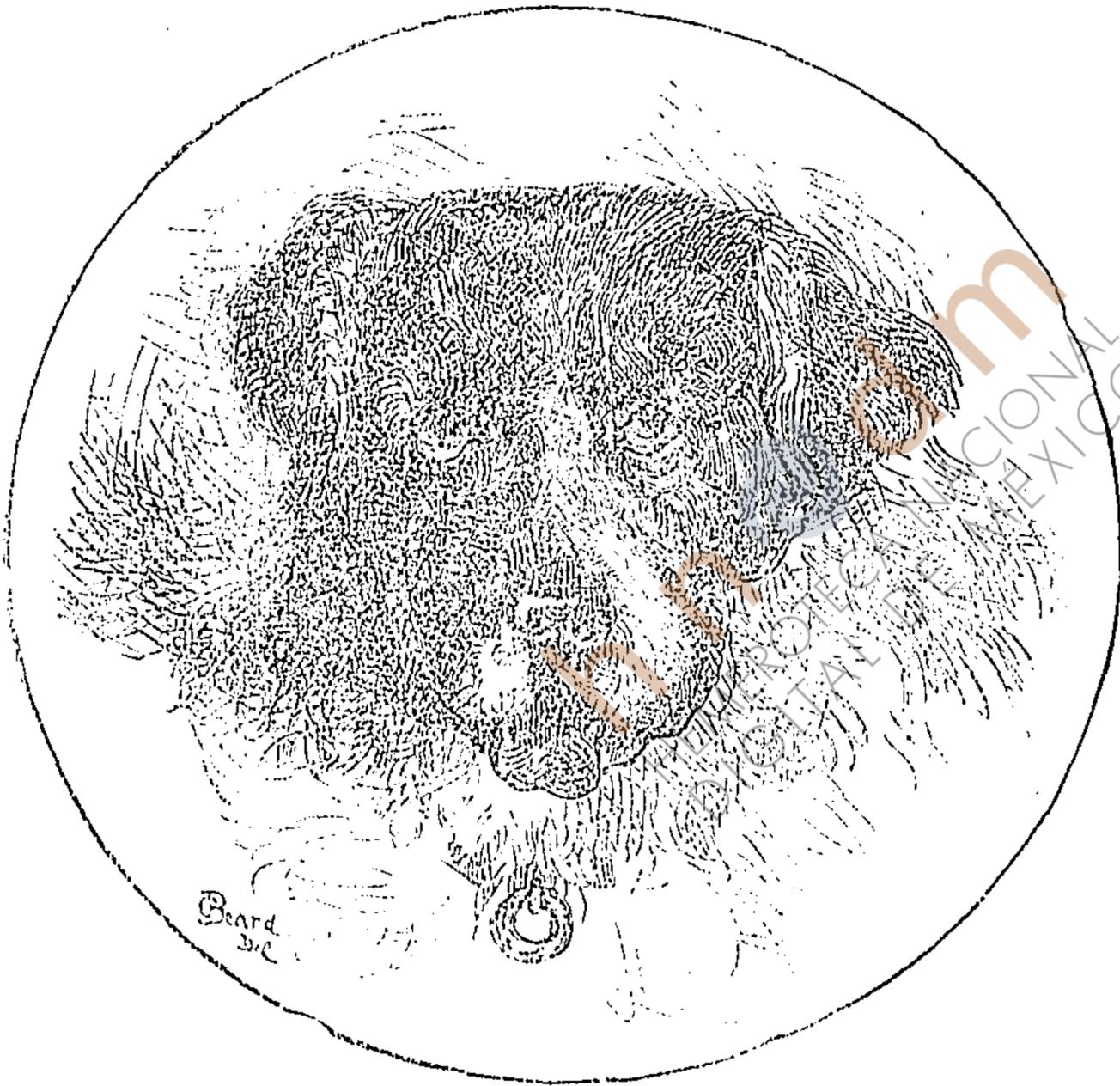
Gran día de alborozo para la gente menuda, que bulliciosa se esforzaba en ayudar á las personas mayores en la gran tarea, y ahora miraba con respeto la sala donde la pintarrajada alfombra tirante y blanda inspiraba el mismo respeto que un cuadro espléndido produce á un pobre aldeano. Espigaban por el suelo clavos, bramantes y pajitas, cuando entró el padre. Venía de la oficina y acudía al nido con el afán de un jefe que ansía revisar sus

tropas y el anhelo de un viajero que vuelve, después de mucho tiempo, al hogar.

¡Qué familia tan ejemplar la de D. Justo Promedio, empleado honradísimo de Hacienda que se complacía en plantear entre los suyos los planes rentísticos que imaginaba siempre enjugarían la deuda española!

No podía decirse de golpe quién era el más querido y cuál el más feliz de todos. ¡Qué vivas explosiones de afecto surgían al penetrar el *papaíto* en el comedor!

Era la sala de confianza, el refugio de los pequeñitos, el cuartel general de los mayores; que sobre la ova-



El perro Inteligente

lada mesa extendían sus batallones de cartón y sus cañoncitos de madera; la plaza mayor donde la niñera enseñaba estampas al recién destetado, á quien los colores vivos excitaban feroces apetitos y tremendos impulsos, junto á los mayores, serios y aplicados; y mientras devoraba el uno sus libros, picoteaba la otra con la aguja su cañamazo ó su dobladillo.

Algunas noches, el padre, atraído por aquel cuadro, leía su periódico ó repasaba algún expediente difícil, suscitándose conversaciones con la madre, que daban á la velada cierto sabor de consejo de familia.

Aquel día, Ricardito, el mayor, trajo mala nota del colegio. Elisa había alcanzado la banda y los pequeños estaban indispuestos.

—¿Por qué no supiste la lección, hijo mío?—preguntó el padre.

—No tuve tiempo de aprender todas las lecciones de ayer. Ya ve V., papá: son cuatro asignaturas...—replicó el niño.